

Demetrio Boersner

La hora Internacional

Entre el 20 de abril y el 20 de mayo de 1992 se produjeron acontecimientos significativos en los Estados Unidos, América Latina, Europa del Oeste y del Este, Asia Central, el Medio Oriente y Asia Oriental. Todos ellos tendieron a indicar que después del reciente colapso del comunismo el mundo no ha avanzado hacia un "orden" pacífico y equilibrado, sino que por el contrario, han aumentado los contrastes y las tensiones. También constituyeron nuevas pruebas de la incapacidad del neoliberalismo, o capitalismo irrestricto, de promover un desarrollo auténtico y de salvaguardar la dignidad humana.

LA VIOLENCIA ESTALLA EN ESTADOS UNIDOS

En el Estado de California, increíblemente, un jurado manipulado por un juez injusto declaró "inocentes" a cuatro policías blancos que habían maltratado con saña sádica a un negro, propinándole 56 rolazos en 81 segundos, cuando ya se encontraba en el suelo, inerte por efecto de una descarga de bastón eléctrico. La repelente escena había sido filmada por un espectador casual y millones de personas la habían visto en televisión. Todos los ciudadanos de color y los decentes entre los de raza blanca habían sentido indignación y la habían expresado. El fiscal abrió juicio penal contra los cuatro agentes con la aprobación de la vasta mayoría de la nación. Y pese a ello, la asombrosa sentencia fue absolutoria.

Los policías absueltos son racistas, como también parece serlo su jefe, Mr. Gates, comisario general de la policía metropolitana de Los Angeles.

La absolució de los cuatro brutales violadores de derechos humanos ocurrió

en medio de un ambiente local, regional y nacional de grande y creciente tensión étnica. En el transcurso de los últimos veintitrés años, ha ocurrido un incontenible retroceso en el camino de la igualdad y la justicia racial y social en los Estados Unidos de Norteamérica. Durante la administración del presidente Lyndon Johnson (1963-1968) se realizaron los progresos más extraordinarios. Por legislación y acción del gobierno federal (nacional), se puso fin a toda segregación y discriminación racial en todo el país. Se crearon grandes programas de vivienda, subsidio nutricional, educación, capacitación y salubridad para el proletariado negro y los pobres en general. Los movimientos populares en favor de la igualdad y la dignidad ciudadana, encabezados por grandes figuras como Martin Luther King y sus compañeros de lucha, habían creado el ambiente psicológico colectivo que se necesitaba para efectuar las reformas del programa "Gran Sociedad". Fue una verdadera revolución pacífica, en la cual quedaron liquidadas las estructuras neoesclavistas que aún se habían mantenido en el Sur hasta comienzos de los años sesenta, y en todo el país surgió un comienzo de fraternidad entre seres de raza distinta. En esos mismos años luminosos —caracterizados, por cierto, por una economía en expansión y el empleo casi pleno— también se efectuaron otras grandes reformas, como por ejemplo en materia de derechos de la mujer, y en lo tocante a la tolerancia ante creencias, costumbres y estilos de vida excéntricos. La pena de muerte fue abolida en varios Estados de la Unión, en otros dejó de aplicarse y durante cierto tiempo la Corte Suprema hasta suspendió su vigencia en todo el vasto país.

Pero desde entonces para acá, ha habido una involución contrarrevolucionaria marcada. El colapso de la supremacía del dólar, el estancamiento económico acom-

pañado de inflación, y la reacción de las clases medias blancas contra una emancipación negra que les parecía demasiado radical y les molestaba en su vivencia cotidiana, fueron características de los años setenta.

Como lo han señalado diversos sociólogos e historiadores sociales, parte del daño fue causado por la incapacidad o la falta de voluntad de algunos negros pobres, de aprovecharse de las nuevas oportunidades que la "Gran Sociedad" les ofrecía. En lugar de capacitarse y educarse para empleos mejores, algunos se contentaban con vivir indecorosamente de los subsidios alimentarios federales.

Al mismo tiempo, la nueva tolerancia facilitaba la difusión de drogas y alentaba el delito impune. La mayoría de los norteamericanos de origen africano hizo buen uso de las nuevas oportunidades, pero una minoría no lo hizo y, con ello, decepcionó a numerosos blancos inicialmente bien intencionados.

Las causas profundas o estructurales de la pasividad y el fracaso de una minoría de negros pobres parecen ser dos. En primer lugar, las reformas de la época de Johnson no tenían ideología, que convenciera y entusiasmara. A diferencia de John Kennedy o de Martín Luther King, el presidente Lyndon Johnson y sus ayudantes eran hombres prosaicos. Pero más importante es la segunda razón: toda la existencia colectiva del negro americano está marcada por la memoria de la esclavitud. Para un esclavo el trabajo es odioso ya que no beneficia sino al amo opresor. El esclavo con plena razón, opone resistencia pasiva al amo, obstruye y sabotea la producción, trabaja lo menos posible y se convierte en campeón del reposo y la vagancia. Esos factores históricos, de hace 130 años todavía ejercen influencia hoy en día, y explican la lentitud de ciertos sectores norteamericanos de origen africano en actuar para mejorar su situación.

Pero la culpa principal por el retorno de los Estados Unidos a la injusticia y la tensión racial la tienen los provocadores blancos. Aprovechando la coyuntura mundial, de creciente temor al desempleo y consiguiente animosidad hacia quien viene de otro ambiente para competir por los puestos de trabajo, así como también el creciente descrédito de las ideas socialistas y tercermundistas, los sectores derechizantes de la burguesía norteamericana paso a paso han realizado una

contraofensiva para reconquistar privilegios temporalmente perdidos.

Dentro de ese marco general, no es sorprendente que la absolución de los cuatro policías brutales haya provocado un estallido de ira colectiva de una población negra nuevamente atropellada y discriminada, pero carente de ideas y principios para combatir la injusticia. En lugar de acciones cívicas de protesta —manifestaciones, paros, marchas, que hubieran tenido gran efectividad— se desencadenó una oleada de saqueos y de violencias individuales. La ira popular negra era plenamente justificada, pero no supo expresarse sino en formas negativas e inconvenientes: las víctimas más numerosas de robos, saqueos o golpizas fueron personas humildes, muchas de ellas de raza negra, trigueña o amarilla.

La violencia no quedó limitada a Los Angeles sino se extendió por todo el gran país, con un saldo de 44 muertos, 2.116 heridos (de ellos, 198 de gravedad), 9.000 detenciones, 4.500 incendios y daños materiales por más de 1.000 millones de dólares. En Los Angeles, la policía municipal quedó desbordada de inmediato (no obstante las iniciales fanfarronadas del inefable Gates) y hubo que movilizar la milicia estatal (llamada "guardia nacional" integrada en gran parte por hombres maduros). Esta tampoco bastó y al final el presidente Bush tuvo que ordenar la intervención de 4.000 soldados e infantes de marina de las Fuerzas Armadas, además de un millar de policías nacionales. El número de muertos no fue mayor, porque el Ejército y la Infantería de Marina norteamericanas parecen estar entrenados en el uso de armas antimotín, no mortíferas. (Además, vale la pena señalar que las Fuerzas Armadas son la única institución estadounidense que se caracteriza por una integración e igualdad racial casi perfecta).

El análisis de la situación efectuada por el gobierno federal y los sectores hegemónicos de la sociedad norteamericana después de los hechos, no indica ninguna comprensión estructural de la problemática racial. La oposición demócrata y su candidato presidencial Bill Clinton (hombre realmente interesante, con ideas bien concebidas y desarrolladas) entiende mejor lo que ha sucedido en las profundidades sociohistóricas del país. Mientras los hombres del gobierno piensan en términos de medidas de orden y

seguridad acompañadas de reformas sociales tímidas y parciales, Clinton plantea como remedio básico para los males de la sociedad norteamericana: un vasto programa de educación y formación profesional organizado y financiado por el gobierno nacional, además del fomento estatal a las industrias generadoras de empleo. Los beneficiarios del programa nacional de becas (en principio, toda la población joven de bajo ingreso) pagaría su deuda a la nación cumpliendo dos años de trabajo a sueldo básico al servicio de las comunidades.

Lamentablemente, el estado psíquico de la población tiende más hacia la represión que hacia la reforma. Ello queda demostrado por el inmenso respaldo de la opinión pública a la aplicación de la pena de muerte. Hace pocas semanas, la Corte Suprema (ahora con mayoría de magistrados conservadores), al rechazar las apelaciones contra la ejecución de un asesino en California, dio luz verde a la acción del verdugo en todo el país. Posiblemente, en los meses venideros, unas 2.500 personas condenadas a la pena suprema pasarán a la silla eléctrica, la cámara de gas o el cubículo de las inyecciones letales. (Sólo en el Estado de Utah existe el fusilamiento).

AMERICA LATINA A LA DEFENSIVA

En lo económico como en lo político, la región latinoamericana se mantiene a la defensiva, tanto contra presiones tendientes a la desnacionalización total, como también contra el posible resurgimiento cesarista.

El Acuerdo de Cartagena o Pacto Andino, ligeramente afectado por la crisis política peruana, y también por el recelo de algunos países miembros ante el papel protagónico ejercido por el dúo Venezuela-Colombia, mantiene su vigencia pese a todos los problemas existentes. Su porvenir dependerá de la efectividad del arancel exterior común que adopte, y de su disposición a resistir las corrientes de opinión adversas a cualquier autonomismo regional y subregional y beatamente convencidas de que lo ideal sería una sola (Norte) América extendida desde Alaska hasta Tierra del Fuego.

En el Caribe de habla inglesa, Caricom

atraviesa también su crisis de definición estratégica. Los países caribeños relativamente más grandes y evolucionados quisieran que Caricom gane fuerza autónoma mediante la adopción de una moderada barrera arancelaria común: no como se concebía en las épocas del tercermundismo radical, pero sí capaz de alentar, dentro de las normas universales del GATT, de UNCTAD y de otros organismos, una diversificación económica propia, no enteramente manejada desde centros de decisión externos. En cambio, los gobiernos de las islas más pequeñas y pobres tienden hacia un "apertura" completo y se muestran contrarias a cualquier mecanismo que pudiese desalentar el libre funcionamiento de los factores económicos transnacionales que, a través de mecanismos tales como la maquila, les parecen ofrecer la única salida de su miseria actual.

Mercosur muestra dinamismo en la elaboración de proyectos comunes y en la eliminación de barreras entre sus países miembros. Queda por ver, sin embargo, si no surgirán discrepancias de cierta magnitud entre el actual liberalismo a ultranza, o "cavallismo" de Argentina y las tendencias moderadamente dirigistas y autonomistas de algunos sectores del empresariado brasileño.

En el caso del proyecto de Asociación Norteamericana de Libre Comercio, actualmente el país menos desarrollado (México) es el que más lo propicia, en tanto que el más industrializado (Estados Unidos) está sumido en un difícil debate interno entre posiciones integracionistas y proteccionistas. En vista de que hoy en día todas las decisiones realmente importantes se toman en el Norte, el porvenir económico de ambas Américas dependerá de las eventuales conclusiones de ese debate entre yanquis encontrados.

En el ámbito político, se puede constatar con cierta satisfacción que el peligro cesarista parece estar disminuyendo. En Venezuela tiende a crecer la conciencia de que todo cambio "radical" sería aprovechado únicamente por la derecha económica y que la vía recomendable es la de las reformas parciales pero sinceras dentro del marco constitucional existente.

En Perú, el presidente Fujimori y los factores autogolpistas parecen haber entendido que sólo el retorno a la democracia los salvará de una desaprobación universal que ya se está manifestando en términos de disminución de flujos co-

merciales y financieros. De allí que han anunciado la apertura de un proceso constituyente.

ALEMANIA REVUELTA

Alemania está sufriendo los efectos de una reunificación precipitada, improvisada y muy costosa en términos sociales. Hace dos años, los ímpetus populares reunificadores fueron más fuertes que todos los razonamientos previsores que señalaban las inmensas ventajas que hubiera tenido una unificación paulatina, por etapas, acordada y ejecutada por dos gobiernos gradualmente convergentes.

Ahora el contraste entre un país rico en su porción occidental y pobre en su región del Este está causando choques y divisiones entre alemanes. Entre los del Este, que no conocen la democracia, en muchos casos el extremismo comunista está siendo sustituido por otro totalitarismo peor; el fascismo en alguna u otra de sus variantes. Y muchos del Oeste siguen su mal ejemplo.

Por otra parte, los trabajadores organizados de Alemania con razón afirmaron que los inevitables sacrificios por la reunificación y por la reconstrucción del Este no deben ser soportados en grado excesivo por los estratos de bajo ingreso, sino que deben ser repartidos en forma justa entre todas las clases. Cuando el gobierno conservador de Helmut Kohl se negó a aceptar las reivindicaciones de los trabajadores del sector público, éstos, y después de ellos los de la industria privada, desencadenaron la mayor huelga que el pueblo alemán haya realizado desde hace sesenta años. Resurgieron las combativas tradiciones del pueblo de Lassalle, Bebel y Kautsky, y el sindicalismo teutónico mostró una vez más su garra y su capacidad transformadora latente.

El desenlace fue conciliatorio, pero la prueba de fuerza ha sido aleccionadora.

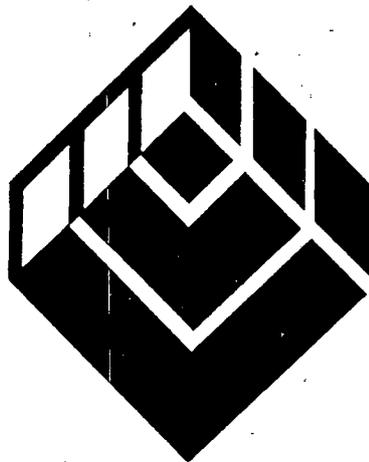
UN MUNDO INQUIETO

En la antigua Yugoslavia se agravó la

guerra civil, o mejor dicho, inter-étnica o tribal, centrada ahora trágicamente en la hermosa región de Bosnia-Herzegovina. Aún no hay perspectivas de arreglo.

En Afganistán cayó el régimen izquierdista (antes apoyado por la URSS) del presidente Nayibula y tomaron el poder los rebeldes islámicos armados por el Occidente. Se dividieron en lucha sangrienta entre dos bandos: el moderado de Masud (caudillo del Norte), y el fundamentalista y reaccionario de Hekmatiar.

Afganistán, junto con las repúblicas ex soviéticas centroasiáticas de Uzbekistán, Turkmenia, Kirguisia, Tayikistán y Kazajstán, se ha convertido en epicentro de un nuevo "Gran Juego" de rivalidades geoestratégicas, con Turquía e Irán como actores directos, rodeados de otros indirectos, que son los intereses de las potencias industrializadas. No nos sorprendería que, en el transcurso de ese "Juego", emergiera un líder regional decisivo, que podría ser el presidente de Kazajstán, el inteligente y animoso Nursultan Nazarbayev, quien hasta ahora ha demostrado poseer más visión política que los señores Gorbachov y Yeltsin.



VALINVENCA

SOCIEDAD FINANCIERA VALINVENCA S.A.

Av. San Juan Bosco, Edif. Centro Alfamira

Piso 1º - Alfamira

Teléfonos: 32.11.59 / 32.09.22